

“Eso también explica la muerte de Gaitán”

Entrevista con José María Villarreal*

ROCÍO LONDOÑO Y MEDÓFILO MEDINA

ROCÍO
LONDOÑO
Y MEDÓFILO
MEDINA
Socióloga e
historiador.
Profesores
Universidad
Nacional de
Colombia.

Desde mi infancia había oído hablar del “Gobernador Villarreal”. Mi padre lo admiraba pues para él don “Chepe” representaba el salvador del régimen conservador el 9 de abril de 1948. Más tarde lo encontraría en la literatura sobre la Violencia de mediados de siglo, como uno de los personajes incontaminadamente azules que dejaron una huella roja en ciertas etapas de su trayectoria política. Mi proyecto de entrevistar políticos colombianos retirados de la vida pública no había previsto a Villarreal. No había oído hablar de él durante años y simplemente creía que había muerto. En efecto, luego de la etapa de despegue del Frente Nacional desapareció de la escena política de manera drástica. Quizás ello explique el que la noticia de su muerte, acaecida a comienzos de abril del presente año, hubiera pasado casi inadver-

tida. Por esas casualidades de la vida Rocío Londoño se enteró [del] que Villarreal estaba vivo y logró concertarle una cita a finales de 1996 en su casa de campo en Arbeláez, donde residía por razones de salud. Cuando me enteré no vacilé en pedir que se me permitiera hacer parte del encuentro.

Ante la versión escrita de la entrevista el lector se formará su propia idea sobre el interés y el valor de este documento. Para Rocío y para mí aquel diálogo representó una valiosa experiencia profesional y política. Con mayor fuerza que otro tipo de fuentes, los testimonios orales tienen la virtud de romper los estereotipos y de poner al investigador frente a la ambigüedad de la acción y los designios de los individuos. Aquel 21 de diciembre, la voz suave de Villarreal fue extendiendo con parsimo-

(*) Entrevista realizada el 21 de diciembre de 1996 en Arbeláez (Cundinamarca).

nia el tejido de hechos que en principio supondrían abruptas mudanzas en el ritmo del relato. Los vehementes discursos del jefe conservador de los tiempos de hirsuto sectarismo, se entrelazaron armoniosamente con los afanes del diplomático preocupado de los preparativos de la boda de un aristocrático amigo, Alfonso López Pumarejo, el ex presidente que desde finales de los años veinte agitó a las multitudes con el grito sectario de los tres vivos al Partido Liberal. Asimismo, la bronca voz del Gobernador conservador que en la plaza de Tunja despidió al atardecer del 9 de abril al contingente de soldados paramunos que protegió al Presidente Ospina en su desgarnecido palacio de la capital, armonizó con las frases persuasivas del compositor de la paz frente al caudillo agrario y guerrillero Juan de la Cruz Varela.

Por supuesto la tranquila cadencia oral del relato no refleja los frecuentes zurcidos violentos del proceso real y no todo cuanto dice Villarreal ha de tomarse literalmente. Tales aspectos pertenecen a la crítica de fuentes y aquí no pretendemos trascender el testimonio. Hace ya veinte años se ha intensificado el uso de testimonios orales. Para las ciencias sociales es de particular utilidad que al lado de las investigaciones basadas en ellos se publiquen las entrevistas originales. La idea nos surgió al constatar las tantas diferencias existentes en las "historias de vida" de un mismo personaje, recuperadas por distintos investigadores o periodistas. Cabe preguntarse hasta dónde las cruciales diferencias entre una y otra versión se deben a cambios introducidos por el propio sujeto, o a la "generosa" ayuda proveniente de las estrategias narrativas o argumentativas del escritor.

Rocío Londoño: *—Doctor Villarreal, quisiéramos comenzar por sus datos biográficos. ¿Cuándo y dónde nació? ¿Cómo era su familia? ¿Qué recuerda de su infancia?*

José María Villarreal: *—Soy de Soatá, un pueblo que queda al norte de Boyacá en los límites con Santander. Allí nací el 5 de octubre de 1910, en el hogar de Jesús Villarreal y Soledad Sandoval. Fuimos ocho hijos, cinco hombres y tres mujeres. De ellos solamente sobrevivimos dos señoras y el menor de los hombres. Mi papá era un terrateniente de pueblo ca-*

lificado de persona rica, pero cuya renta alcanzaba para muy poco. Hacía parte de esa clase rica entre los agricultores pobres del país. Empecé a darme cuenta de la vida del país, de mi departamento y mi pueblo, entre 1925 y 1930. Antes del 30, Colombia había logrado un nivel bastante satisfactorio de convivencia y respeto entre los colombianos y los partidos. El país estaba como arrepentido de haber malgastado tan tristemente el siglo anterior en guerras civiles. Mientras otros países de América Latina lograban algún avance en su desarrollo, en esas guerras nosotros destruíamos lo que habían dejado los españoles. Eso se debió principalmente a errores políticos, al federalismo, a la Constitución de Rionegro del año 63 que, como dijo Víctor Hugo, fue la anarquía mejor organizada que conoció. En fin, tengo el recuerdo de que en esa época había lealtad entre la gente, las relaciones entre los dos partidos políticos eran respetuosas, inclusive generosas. Por ejemplo, allá en mi pueblo compuesto de doce veredas, diez y media conservadoras y solamente una y media liberal. Me acuerdo que el jefe liberal de Soatá era en mis tiempos el doctor Julio Vargas, un tunjano muy distinguido. Se fue de joven al pueblo, recién graduado, y se quedó por allá. Cada jefe de familia tenía en su pesebrera un caballo y todos los días, hacia las cinco de la tarde, solían encontrarse en la esquina de la plaza a negociar las cargas de pasto de alfalfa, el mejor para alimentar a los animales. Se encontraban jueces superiores, jueces del circuito, el prefecto de provincia y los abogados litigantes. Habría unos diez abogados y unos seis médicos, de los cuales el principal era el doctor Vargas, un hombre sumamente estudioso. Cuando pasábamos bien de mañanita a la finca lo mirábamos por la ventana estudiando. Leía revistas francesas e inglesas de medicina, manteniéndose al día. Un día los liberales se tomaron algunos brandys —lo que se tomaba en aquella época—, y al pasar a caballo frente a los conservadores el doctor Vargas gritó "¡Viva el gran Partido Liberal!". Los conservadores se sobrecogieron

pero la cosa no pasó de ahí; al otro día los visitó a todos pidiéndoles excusas por su grito desproporcionado. Pero las relaciones cordiales entre los partidos se acabaron del año 30 en adelante, cuando se acabó la mal llamada hegemonía conservadora, porque siempre hubo participación liberal. Eso fue lo que le permitió mantenerse en el poder, el partido conservador no fue excluyente. Desde la reforma constitucional del general Rafael Reyes, un hombre extraordinario, hubo participación por lo alto, no de lentejos de mala categoría sino de los principales hombres del partido liberal.

Medófilo Medina: *—En ese momento usted tiene veinte años. ¿Cómo es su vida personal?*

J.M.V.: —Había terminado primero o segundo de bachillerato, el último grado que había en el “colegio” de Soatá. De ahí uno se iba para Tunja a terminar el bachillerato en el Colegio Boyacá, en ese entonces el principal y que todavía existe. Estaba pues en el tránsito de Soatá a la vida de estudiante interno en Tunja, aguantando baño con agua fría a las seis de la mañana. En el año 30 obtuve el diploma de bachiller. La situación de mi familia era muy difícil debido a la violencia política que había estallado. Nos fue imposible seguir viviendo en Soatá, tuvimos que dejar nuestras tierras en muy malas condiciones. La situación de la familia era sumamente estrecha, de manera que me puse a pensar a qué universidad podría entrar. Mi cuñado, que era “rosarista”, me dijo que al pasar un año escolar sin una observación relativamente grave el rector declaraba que al siguiente año no se pagaba nada. Era mi oportunidad, entré al Colegio Mayor del Rosario a estudiar Derecho, lo único que tenía en mente. Había que obtener un nivel alto y lo obtuve. Tal como me había dicho mi cuñado, al final del año el rector, el distinguido sacerdote José Vicente Castro Silva, me llamó y me dijo: “Ayer se reunió la Conciliatura, hicimos la lista de los nuevos colegiales y usted es el número uno”. No tendría que pagar nada y el colegio lo adoptaba a uno como hijo, le fomenta-

ban que se ganara algún sueldito por prestar un servicio en la vigilancia del colegio y le daban dos uniformes. Como primer colegial tenía la oportunidad de visitar al Presidente para pedirle que fijara el día de la ceremonia de consagración de los colegiales, consistente en un juramento sobre la Biblia para defender la filosofía de Santo Tomás de Aquino. Entonces, Monseñor me dijo que iba a llamar al doctor López Pumarejo, el presidente de entonces, para que me recibiera. Recuerdo que cuando llegué a palacio el Presidente se sentó al lado y me mandó el brazo por detrás del sofá con una cordialidad extraordinaria. Acordamos la fecha. Él presidió la ceremonia e incluso me regaló un libro de Thomas Edison con una dedicatoria. De ahí en adelante me distinguía. Tres años después, cuando terminábamos el quinto año —digo terminábamos porque con Alfonso López Michelsen íbamos en el mismo grado—, un día Alfonsito me dijo que su papá me mandaba preguntar si me quería ir a Europa. Imagínense mi emoción. Me hicieron el nombramiento en la legación de Bruselas, un sitio muy querido por el Presidente porque allá se habían educado sus hijos Alfonso y Pedrito —según me dijo cuando me fui a despedir.

R.L.: *—¿En qué año fue ese nombramiento?*

J.M.V.: —En el año 36. El Presidente me dijo que tenía buenos viáticos, en aquella época 150 dólares que alcanzaban para viajar en primera clase desde Buenaventura hasta Barcelona y ahí tomar el tren directamente a Bruselas. El viaje de Madrid a Bruselas duraba cuatro días y medio. Como él me había dicho, le escribí, nunca me contestó personalmente pero siempre lo hizo el secretario. Cuando volví empecé a hacer mis exámenes preparatorios.

R.L.: *—¿Qué cargo desempeñaba en la legación y cuánto tiempo estuvo en Bruselas?*

J.M.V.: —El más bajito, canciller de la legación que así se llamaba. El ministro era el doctor Francisco Umaña Bernal. Los dos teníamos poco oficio, de manera que

me mantenía en la universidad. Hice cursos de economía política y estadística en la Universidad Libre de Bruselas. Los tres años viví como lo hacían los estudiantes, en una pensión de familia. Al empezar el gobierno del doctor Eduardo Santos me vine porque sabía que ese nombramiento había sido cosa personal del doctor López Pumarejo.

R.L.: *—¿Por qué lo trataba el presidente López Pumarejo con tanta deferencia?*

J.M.V.: —Era muy bondadoso. Seguimos siendo amigos hasta el punto que cuando me nombraron embajador en Londres, una de las comidas grandes de despedida fue ofrecida por él.

R.L.: *—¿Qué pasó con sus preparatorios, obtuvo el título de abogado en el Rosario?*

J.M.V.: —Estaba en los preparatorios cuando me encontré con José Lloreda Camacho en los alrededores de la calle 14. Vivía en el Club del Rosario, pues al volver de Bruselas me vinculé de nuevo al Colegio, daba clases en la facultad y en el bachillerato. José, mi compañero de aula y amigo, me preguntó qué estaba haciendo. Él era secretario general del Consejo de Ministros y al terminar una sesión el ministro de Hacienda, Carlos Lleras Restrepo, comentó que necesitaba una persona para la secretaría general del Consejo de Economía Nacional, una entidad fantástica compuesta por los ministros que se reunía cada mes para discutir iniciativas. Lleras dijo que ojalá esa persona supiera un idioma extranjero y fuera un joven estudioso y serio. Pensando en mí, José Lloreda le dijo: "Le tengo al hombre pero tiene un inconveniente, es conservador". "Eso no importa, respondió Lleras, mándelo mañana". Al otro día fui al despacho de Lleras Restrepo y así trabajé en la tal Secretaría del Consejo de Economía, entidad que en realidad nunca funcionó hasta cuando me gradué.

R.L.: *—¿Cuándo se graduó?*

J.M.V.: —Me gradué bastante tarde porque hice un trabajo de investigación sobre lo

que entonces empezó a ponerse de moda, la intervención del Estado en materias económicas. Me gradué hasta el año 40, aunque terminé estudios en el 37. Seguí vinculado al Colegio, me nombraron prefecto general de disciplina y continué viviendo ahí. Mi ideal era hacer la carrera judicial completa, me seducía mucho llegar a ser magistrado de la Corte Suprema de Justicia. Estando en esas y cargándole la mano al estudio del derecho civil, llegó a la Presidencia Alberto Lleras Camargo en reemplazo del doctor López Pumarejo, obligado a renunciar por la oposición constante y fuerte que le hizo el partido conservador. Lleras se propuso mostrar a sus copartidarios que el partido conservador podía ser un factor de equilibrio importante. Por solicitud del ministro de Gobierno, doctor Absalón Fernández, el Directorio Nacional Conservador —conformado en ese entonces por Guillermo León Valencia, José Elías del Hierro, Antonio Escobar y otros— fue a palacio a conversar con el Presidente: "Por el momento escojan unos diez o quince municipios en donde su partido se sienta más desprotegido. Vamos a poner allá toda la atención para que los conservadores puedan elegir. Seleccionen gente de mucha confianza para que los ayude en esto", dijo Lleras. Se les ocurrió buscarme a mí. Una noche me visitaron Álvaro Gómez Hurtado y Jorge Leiva, en ese entonces dos muchachos, diciéndome que el Directorio Nacional quería conversar conmigo sobre las elecciones que se avecinaban, en particular sobre Soatá para ver que les aconsejaba. Al otro día fui a conversar con ellos. Me dijeron que estaban buscando una persona que les ayudara a organizar el conservatismo de Soatá para que volviera a votar, que el presidente Lleras daba todas las garantías. Me pidieron el favor de que yo fuera esa persona. Contesté que era sumamente riesgoso y que además la aceptación cambiaba las expectativas de mi vida, actual y futura. "Tengo que pensarlo", les dije. Con el consejo de Castro Silva acepté y me fui para Soatá. Hubo grandes dificultades. Apenas llegué empezaron a insultarme por donde quiera que pasaba. "A

qué vendrá este godo tal por cual”, me gritaban. Superé la situación hasta que finalmente llegó el día de las elecciones. Nos mandaron un capitán pastuso a quien llamaban el “Loco Esguerra”. El alcalde me reunió la víspera de las elecciones con el jefe liberal de Tipacoque, llamado Efraín Sandoval. Nos preguntó cómo íbamos a garantizar el voto organizado de la gente. Empezaron las distintas iniciativas concluyendo en que los liberales, situados en un determinado lugar, entrarían por tal esquina a la plaza donde estaban las urnas, votarían y luego saldrían por el lugar indicado. Por otro lado, los conservadores estarían detrás de la iglesia, entrarían por un costado de la plaza, votarían y saldrían por otro lado.

R.L.: *—Querían evitar el contacto entre conservadores y liberales...*

J.M.V.: —Sí, teníamos que ingresar en grupos de a veinte. Los siguientes veinte no entraban sino hasta que los otros veinte salieran. A la suerte le tocó a los liberales primero, entró su primer grupo y votó. Luego entramos los conservadores y votamos. Cuando iba a entrar el segundo grupo liberal todos sus copartidarios se lanzaron sobre la calle por donde tenían que entrar, con palos y garrotes, tumbando una cerca de alambre que habían puesto en esa esquina. Entraron a la plaza y la invadieron, mientras nosotros estábamos en una calle ancha. Había quince hombres del Ejército tapando la entrada de la bocacalle. “Retirémonos a ver si no nos atacan, respetan al Ejército”, di esa orden. Nos habíamos armado con los ladrillos de la obra que estaban haciendo en la iglesia. Un cabo salió al frente y les dijo que se detuvieran, hizo amago de disparar pero los liberales como si nada siguieron hacia nosotros. Los soldados hicieron su primera descarga al aire como indica el reglamento del Ejército, pero arrollaron a los soldados que no se resolvieron a disparar. Ahí mismo nos lanzamos con los ladrillos e hicimos una tumbazón de los diablos, llegamos hasta la puerta y nos mantuvimos. Entonces, salió más ejército pues había como dos-

cientos hombres al mando del “Loco Esguerra”, reforzando la ocupación de la plaza. Al otro día aparecieron los resultados de la votación, 3.000 votos liberales contra 20 conservadores. Los únicos votos auténticos eran los veinte conservadores, los liberales copaban los registros electorales de la forma más grossera, como siempre. Entonces se hizo un segundo intento. Lleras Camargo reforzó las garantías diciendo que si tenía que echar una bomba de dinamita sobre Soatá para que dejaran votar a los conservadores, lo haría. Al fin pudimos votar y ganamos, como era previsto. El Directorio Nacional quedó muy agradecido con mi intervención. En ese entonces las listas para Congreso de ambos partidos las formaban los directorios, el sistema de “bolígrafo” que lástima que haya desaparecido, pues garantizaba que al Congreso no llegaran sino personas desinteresadas tratando sólo de servir al país. En las elecciones para corporaciones legislativas me pusieron encabezando la lista por Boyacá para el Senado. Salí elegido junto con Miguel Jiménez López y Guillermo Salamanca, en octubre del 46. Pocos meses después vino la elección presidencial. Los liberales se presentaron con dos candidatos, el doctor Gabriel Turbay y Gaitán, divididos más o menos por mitades. El partido conservador llevó como candidato al doctor Mariano Ospina Pérez con un programa que imitaba a Olaya Herrera, quien enarboló la bandera de la Concentración Patriótica Nacional. De buena fe, Ospina Pérez postuló la bandera del gobierno compartido y ganó, asumió el poder y empezó una lucha tenaz.

M.M.: *—¿A qué atribuye que Soatá fuera un centro de violencia? ¿Cuáles eran los motivos de enfrentamiento entre liberales y conservadores?*

J.M.V.: —En el año 30 los dos candidatos conservadores fueron derrotados. Triunfó el doctor Olaya Herrera y empezaron las elecciones, unas veces para concejos municipales y otras para Congreso. Vino la lucha entre conservadores, la gran mayoría electoral en Colombia, y liberales,

que eran minoría. Mientras el gobierno quería que se fuera haciendo el equilibrio entre los partidos poco a poco, los políticos estaban urgidos de controlar la totalidad del poder. En Boyacá, por ejemplo, mi distinguido amigo Plinio Mendoza Neira llegó con un programa de empujón, de golpe y grito, y en esa forma desalojó a los conservadores. Llegaron hasta el punto de no dejarlos votar.

M.M.: *—¿Y desalojarlos qué era, sacarlos de sus puestos y del municipio?*

J.M.V.: *—¡Exacto! Por ejemplo, en Soatá la lucha fue por el control del aparato municipal. Como estaba controlado por los conservadores vino la pelea. Los liberales no se resignaron a tratar de mejorar su situación poco a poco, sino que resolvieron ganar las elecciones. Se llevaron una verdadera pandilla que consiguieron por allá en Chía tratando de sembrar el pánico, tipos violentos que andaban por la calle. Donde veían un conservador lo golpeaban. En fin, se adueñaron del pueblo y del Concejo que de ahí en adelante fue homogéneamente liberal. Eso mismo pasaba en todo el departamento de Boyacá... y en todas partes.*

R.L.: *—Los problemas eran exclusivamente políticos o había conflictos de otro tipo.*

J.M.V.: *—No, eran problemas de partido a partido, en gran medida burocráticos. En Soatá los jefes conservadores cometieron la tontería de decir que dominaban en todas partes pero que allá no los dejaban, empezando a hacer actos de violencia contra sus adversarios. Los liberales pidieron policía y se impusieron por la fuerza. Ahí fue cuando ingresé a la política nacional al llegar al Senado, en 1946, pero a comienzos de ese año me nombraron Gobernador de Boyacá. En ese entonces la situación entre los partidos era gravísima, los liberales estaban ejerciendo la violencia con Plinio a la cabeza y muchos conservadores habían renunciado. Llegué a la gobernación a reemplazar al doctor Roa Martínez, quien había sido ministro, persona muy distinguida*

pero con formación puramente diplomática y jurídica; y a veces se necesita mano dura. Empecé a organizar la policía, en esa época departamental aun cuando se seguía llamando Policía Nacional, División Boyacá. El gobernador tenía el manejo de la división respectiva. Nombré como comandante a un coronel, Víctor Navia, un caleño. Empecé a seleccionar la policía naturalmente poniendo conservadores de confianza, diciéndoles que la autoridad es para proteger a todos los ciudadanos por igual. "Cuando vayan a cumplir una misión a un pueblo deben conseguir que todos puedan ejercer sus derechos. Si además del consentimiento hay que usar la fuerza, hay que hacerlo pero evitándola en lo posible", les decía. Eso comenzó a producir choques, la prensa empezó a ponerme entre ojos y a exhibirme como hombre arbitrario y violento, cosa que no es cierta. En ese momento en lo nacional los conservadores, con Laureano Gómez a la cabeza, decían que las últimas elecciones habían sido ganadas con cédulas falsas. Laureano insistía en que había 1'800.000 cédulas falsas y que con ellas se había derrotado al partido conservador. Aun cuando Ospina había llegado a la Presidencia, todo lo demás era de mayoría liberal, el Congreso, los concejos municipales e incluso el Ejército. A la policía la llamaron en un momento dado la "Popol", es decir, policía política, y la prueba de ello es su levantamiento contra el gobierno el 9 de abril. Lo que debiera ser el principal auxilio de Ospina, fue su primer enemigo. El gobierno tampoco tenía poder judicial ni Corte Suprema, todo era liberal. En el ejecutivo el Presidente implantó una línea milimétrica entre liberales y conservadores: la mitad para los primeros y la otra para los segundos en materia de ministros, gobernadores y alcaldes. Todo estaba repartido. La lucha del partido liberal era para conservar las cosas como estaban, pues habían dejado la maquinaria para ganar las elecciones, mientras la tesis conservadora era el cambio de las instituciones. Entonces, cualquier iniciativa liberal tendiente a darle paso a las aspiraciones conservadoras era inmediatamente desa-

probada por sus copartidarios; y toda tentativa conservadora encaminada a rectificar un poquito la "peonada" era denunciada como un acto intolerable. A mí me cogieron por delante, decían que estaba haciendo en Boyacá una "Popol". Yo sí lo estaba haciendo, a conciencia, pero no para perseguir sino para asegurar que se hiciera lo que debía hacerse.

R.L.: *—¿Esa policía tuvo que recurrir a hechos de fuerza?*

J.M.V.: *—¡No! Por fortuna solamente se presentaron choques en dos ocasiones, una en Moniquirá donde es difícil establecer de qué lado estuvo la culpa y otra en Paipa. En Moniquirá murieron tres liberales a balazos de la policía y en Paipa un borracho que se lanzó contra el cuartel de la policía —en realidad un cuarto—. El sargento que estaba ahí le metió un tiro. Lo restante eran golpes, culatazos, encarcelamientos, pero todos los días el periódico encontraba cómo exhibirme, especialmente *El Espectador* y *El Tiempo*. Deformaban totalmente la realidad como cuando, sea el caso, fue un señor Gutiérrez, de Pueblo Viejo, a hacer un reclamo a la alcaldía. El señor era conservador y al salir al zaguán empezaron a insultarlo y a darle puntapiés, salió corriendo a refugiarse en la iglesia y hasta allá lo persiguieron. Al otro día aparecía en la prensa: "La policía de Villarreal ataca al pueblo liberal e invade la catedral donde se refugiaron los liberales". Ese día me visitaba Luis Navarro Ospina, un hombre respetable y ecuaníme que hacía parte del Directorio Nacional Conservador. Pero así era, siempre cosas por el estilo para vigilarme, para que no hiciera nada porque el interés del partido liberal era que nada se moviera, mientras el interés y el deber mío era asegurar que se votara en todas partes. Vino entonces la IX Conferencia Panamericana, de especial trascendencia porque asistiría como delegado de los Estados Unidos George Marshall, Secretario de Estado y autor del Plan Marshall que salvó a Europa del comunismo, así como muchos otros personajes importantes. Por Venezuela vino Rómulo Betancourt, quien*

*viajó por tierra hasta Tunja donde le preparé un almuerzo y traté de conversarle, pues conozco la historia de la independencia de Venezuela, pero era un hombre de pocas palabras. Resulta que en la caravana venían como diez *cadillacs* y en el momento del arranque apareció que el carro del doctor Bentacourt tenía una llanta desinflada. El coronel Calvo, a quien mandé a mirar la situación, luego contó que había una cosa muy rara: al abrir el baúl en busca de herramientas había todo un arsenal de armas de guerra. Dicen que Rómulo venía a participar en un golpe. En fin, se preparaba la Conferencia y el gobierno nombró su delegación con Laureano Gómez y otras personalidades liberales y conservadoras, pero excluyó a Gaitán, que aunque se puso furioso logró dominarse y permitir que siguiera el gobierno compartido, decisión que dependía de él, pues en ese momento era jefe único del partido liberal. Se instaló la Conferencia y se leyó el programa, incluyendo la declaratoria de fuera de la ley al partido comunista en todos los Estados de América. Eso fue lo que indignó al comunismo internacional y lo empujó a echar a perder la Conferencia. Y eso también explica la muerte de Gaitán. En vísperas de la reunión el comunismo internacional, muy preocupado, pensó cómo producir una gran conmoción en Bogotá que hiciera fracasar la Conferencia. A alguno se le ocurrió que la única manera era un atentado contra el jefe popular, queridísimo del pueblo, Jorge Eliécer Gaitán. La decisión fue eliminarlo porque la filosofía comunista carece de moral, es completamente maquiavélica, busca el resultado sin importar la bondad o legitimidad de los medios. Ése fue el origen, al parecer, de la muerte de Gaitán.*

R.L.: *—Pero hay hipótesis que sostienen que a ciertos sectores conservadores e incluso liberales les interesaba la desaparición de Gaitán...*

J.M.V.: *—Hay otras hipótesis, pero sin ningún fundamento. Por ejemplo, Jorge Villaveces, secretario de mucha confianza de Gaitán, acusó en sus memorias a la*

"oligarquía liberal" de cuanto abuso se pueda imaginar, entre otros el de haber matado a Gaitán. Es una acusación excesiva. Que Alfonso López, Eduardo Santos, Darío Echandía paguen un asesinato es imposible moralmente hablando. Si hubieran sido los conservadores, por una iniciativa aislada o como un acto de política partidaria, lo primero que habrían hecho hubiera sido reforzar la fuerza pública en Bogotá, prepararse para el levantamiento, pero fue todo lo contrario. Cuando estalló la revolución la única fuerza pública que había era el batallón Guardia Presidencial y unos pocos soldados en los cuarteles, porque el resto del ejército lo habían dispersado por todo el país, ya que estábamos en víspera de elecciones. Que no hubiera caído el Presidente fue una cosa extraordinaria porque la policía, compuesta por unos 4.000 hombres al mando de un coronel liberal Virgilio Barco, igual que el ex presidente, le entregó las armas al pueblo que ya había empezado a beber, a saquear almacenes y a tratar de atacar el Palacio. Y la primera actitud del Ejército fue meterse a los cuarteles a ver quién ganaba. La policía, más franca, se reveló. En parte le entregó las armas al pueblo y en parte se le sumó con todo y fusiles. Ospina quedó en manos de la Guardia Presidencial, afortunadamente en manos de gente muy leal como el coronel Silvio Carvajal. Ese cuerpo de 700 hombres estuvo desde las dos de la tarde sin echar bala, conteniendo a la gente en la bocacalle del Capitolio, pero a medida que la multitud presionaba haciéndolos retroceder empezaron a disparar. Cuando el Ejército estaba a la defensiva teniendo que meterse dentro del Palacio Presidencial la chusma trajo una viga para golpear la puerta de entrada, hasta que llegó el ejército de Tunja que yo mandé, enderezando el rumbo.

R.L.: *—¿Por qué envió el refuerzo?*

J.M.V.: *—Lo envié a solicitud del Presidente, por intermedio del Secretario General. Curiosamente, en Tunja no cayeron en cuenta de cortar los teléfonos, de suerte que yo me mantuve todo el tiempo*

en comunicación con el Palacio. El atentado contra Gaitán fue como a la una y pico y hacia las dos y media hubo un intento contra mí. Tan pronto como llegó la noticia la gente empezó a amotinarse debajo del balcón de la alcaldía y empezaron los oradores, en especial dos, Enrique Pinzón, jefe liberal en Boyacá y Eduardo Castro Martínez, presidente del Tribunal Superior de Tunja. Se subieron diciendo que los responsables de la muerte de Gaitán eran Ospina en Bogotá y Villarreal en Tunja, a quien había que hacerle lo mismo que le hicieron a un homónimo en Bolivia, un ministro con mi nombre que colgaron en la plaza de Bolívar en La Paz. Como los liberales estaban en la puerta de la alcaldía, subió el teniente a preguntarme qué íbamos a hacer. "Ustedes tienen la obligación de defender el edificio, cumplan con su deber", le respondí. Luego se vino la gente hacia la gobernación. Podía ver lo que hacía la policía cuando la manifestación llegó a la mitad de la plaza, se preparó y cuando estuvieron a unos treinta pasos hicieron la descarga al aire. Eran como las cuatro de la tarde. En unos tres o cuatro minutos la plaza quedó despejada de una manifestación de por lo menos 300 personas. A Dios gracias, bastó ese disparo al aire para que se dispersaran. En ese momento llamó el secretario del Presidente, Azula Barrera, diciendo que necesitaban fuerza pública de donde fuera, lo más rápido posible. Llamé al coronel de la brigada, Carlos Bejarano: "Acabo de hablar con el señor Presidente, hay una situación sumamente grave en Bogotá y nos da la orden de despachar toda la fuerza pública que podamos". Desde las tres de la tarde había ordenado traer hacia la policía todo lo que tuviera ruedas, de manera que había buses y camiones, puesto que el tren lo habían cortado en Chocontá. A las tres y media o cuatro salió el batallón Bolívar para Bogotá, compuesto de 400 hombres bien armados. Desde Chapinero comenzaron a hacer descargas porque todavía había muchos francotiradores y grupos en la estación quinta de la policía, donde formaron una junta revolucionaria provisional que

reemplazaría a Ospina por Echandía. Para apaciguar los ánimos, los soldados llegaron haciendo mucho ruido de armas, alcanzando rápidamente el Palacio. Inmediatamente, retomaron las emisoras asaltadas por la revolución, incluyendo la Emisora Nacional. Ésa fue la primera que recapturaron y aquélla de Noticias Nacionales, de un tal Rómulo Guzmán, el más violento en su lenguaje ese 9 de abril: "Liberales de todo el país, los conservadores son los responsables de la muerte del doctor Gaitán. De manera que donde tengan a su alcance un conservador, denle muerte aunque no esté haciendo nada. Tenemos que vengar a nuestro líder asesinado. Aquí ya empezamos a hacer justicia, tenemos colgados en la plaza de Bolívar a Laureano Gómez, José Antonio Montalvo y Guillermo León Valencia". En Tunja, eso fue lo que oyeron Castro Martínez y Pinzón Saavedra, que lo repitieron con la idea de colgarme a mí. Nos mantuvimos en contacto con Palacio todo el tiempo. Le informé al Presidente que ya había salido el Ejército y que en ese momento se estaban reuniendo los conservadores leales al gobierno de Tunja, Duitama, y Soatá. "He dado la orden –le dije– de que todo hombre capaz de tomar las armas se presente en la alcaldía. El que no lo haga será arrestado y considerado enemigo, porque la situación es de vida o muerte". Las medidas que tomé fueron sumamente drásticas. Me acordé de mis clases en el Rosario, pues la filosofía de Santo Tomás de Aquino dice que la legítima defensa no es sólo un derecho, sino una obligación, el que esté amenazado injustamente debe defenderse con los medios a su alcance. Mi actuación fue digna de aplausos, los conservadores me rodearon en forma afectuosa y entusiasta, no sólo en Boyacá sino en todo el país. Aquel 9 de abril, después de las cuatro o cinco de la tarde, empezó a llover constantemente y a esa hora los amotinados ya estaban un poquito en reposo, unos por la borrachera y otros por la fuerza pública. De suerte que si en ese momento hubiéramos caído los conservadores de Tunja la cosa estaba calmada.

R.L.: –¿Alguien les hubiera podido oponer resistencia?

J.M.V.: –¡Nadie! En la división quinta estaba un costeño, el "comandante" Adán Arriaga Andrade, que no valía nada. En Bogotá lo que había eran unos policías y unos cuantos amotinados, lo de más eran borrachos tirados en la calle o gente que se había echado al hombro la mercancía robada. En todo caso, mantuve a Ospina al tanto para ayudarlo a sostenerse en la posición firme y digna que asumió ese día. Los primeros en presentarse al anochecer fueron los notables liberales, Lleras Restrepo, Echandía, Luis López de Mesa, Plinio Mendoza y Carlos Lleras. Llegaron corriendo muchos riesgos, pues todavía había francotiradores y la chusma no los reconocía. El único jefe al que reconocían era Gaitán y estaba muerto. Decían que los habían llamado pero en realidad fue iniciativa de ellos, pues cuando empezó el bochinche se reunieron en las oficinas de *El Tiempo*, su cuartel general. Pidieron audiencia con el Presidente pidiéndole la renuncia. Entretanto llegaron los generales, que se estaban haciendo los pendejos sin tomar ninguna iniciativa. Laureano dice que se los mandó a Ospina para formar un gabinete de militares, pero, según ello, fueron a ofrecerse para recibir el mando. El presidente les dijo que si querían el mando no había nada más que hablar, pero que él necesitaba la colaboración del Ejército, pues tenía en mente formar un gobierno con algunos militares. Inmediatamente nombró al general Ocampo ministro de Defensa y, en seguida, ministro de Gobierno a Echandía, quien condicionó su aceptación al conocimiento de la nómina de los otros ministros, principalmente los del campo liberal. Como a las diez de la mañana del día siguiente Ospina mandó la lista a la oficina de *El Tiempo*; Echandía hizo algunas observaciones, aprobó y comenzó el nuevo gobierno con la mitad liberal. Laureano Gómez dijo que era un gobierno de liberales fuertes y conservadores desteñidos, principalmente por Eduardo Zuleta Ángel a quien acusaba de ser un sinvergüen-

za. Laureano, hasta ese momento ministro de Relaciones Exteriores, no figuraba en la nómina acordada con Echandía. Ahí empezó la división en el partido conservador. Ospina dijo que había llamado a Gómez para incluirlo en la nómina pero que éste desechó la oferta, Laureano decía que eso no era cierto. La disputa se mantuvo indefinidamente.

R.L.: *—¿Hasta cuándo estuvo en la gobernación de Boyacá?*

J.M.V.: —Hasta el 10 de abril en que me destituyeron, lo primero que hizo el doctor Echandía fue destituirme. Ordenó que el comandante de la brigada se hiciera cargo del puesto. Yo había renunciado ocho días antes del 9 de abril, porque cada día el gobierno le daba más crédito a las acusaciones que me hacía la prensa liberal. Hasta el punto que el ministro de Gobierno, el doctor Montalvo, me dijo un día: “José María, estoy con un amigo de toda mi confianza y me dice que ayer la policía atropelló un carro en Villa de Leyva amenazando a los pasajeros con revólver. La persona me dice que el teniente Mancera cometió ese atropello”. Llamé a Navia y me dijo que Mancera había estado el día anterior en el Cocuy. Le conté al ministro lo dicho por Navia, de manera que la persona que le había dado esa información estaba equivocada. Montalvo me preguntó que si para que yo siguiera de gobernador de Boyacá era necesario que Mancera siguiera siendo teniente de la policía. Le dije que mientras yo fuera el gobernador de Boyacá y ese teniente no hubiera cometido ninguna falta, no lo iba a echar, como ya me lo habían pedido varias veces. Me aceptaron la renuncia y empezaron a buscar reemplazo. Estábamos en esa situación cuando ocurrió lo del 9 de abril, de manera que en ese momento yo ya no era gobernador.

R.L.: *—¿A qué se dedicó después?*

J.M.V.: —El partido conservador, que se sentía derrotado, resolvió hacer una convención en Medellín porque se creía que allá había mejor ambiente. El doctor Luis

Navarro Ospina, miembro del Directorio, ofreció su casa para la reunión. A mí me incluyeron en el Directorio de emergencia que convocó una convención formal en Bogotá, a fines del 48. Me nombraron miembro del Directorio Nacional en compañía de Guillermo León Valencia, Augusto Ramírez Moreno y Luis Navarro Ospina.

M.M.: *—¿Todos laureanistas?*

J.M.V.: —No, Gilberto Alzate siempre fue muy opuesto al doctor Gómez; Ramírez Moreno era más bien desafecto y Valencia, entre fuerte y dulce admiraba mucho a Laureano, pero poco afecto le tenía. Pero en ese directorio la influencia dominante era laureanista. Cuando el doctor Gómez quería conversar con nosotros prefería que fuéramos a la casa de Mazuera, su yerno, donde él vivía. Íbamos Navarro Ospina y yo. Seguimos adelante en situación bastante desventajosa, pues persistía la sensación de que el derrotado había sido el partido conservador. Dentro de ese ambiente hubo unas elecciones para Cámara, muy reñidas, porque si el conservatismo lograba cinco puestos adicionales se convertía en mayoría y cesaba la oposición permanente del liberalismo a Ospina Pérez. Aunque no lo propusimos solamente obtuvimos tres puestos nuevos, de manera que continuó la conspiración del Congreso liderada por la Cámara. Inclusive, un día anunciaron que iban a hacer uno de esos juicios en que la Cámara acusa al Presidente y el Senado lo juzga, juicio que de llegar a iniciarse implicaba que el Presidente no podía seguir en el cargo. Para precipitar la situación, el presidente de la Cámara informó al Presidente que necesitaban reforzar la policía porque al día siguiente pensaban iniciar el juicio. Ospina firmó de inmediato un decreto disolviendo el Congreso y empezó a gobernar con decretos, valiéndose de las facultades que le concedía el artículo 121 de la Constitución. Siguieron los estrujones y empezó la discusión sobre dos proyectos de ley. Uno ordenaba la revisión del censo electoral para descartar las

cédulas falsas, con la oposición del partido liberal y el apoyo del conservador. El otro proyecto se refería a la fecha de las elecciones presidenciales que, según ley, debían ser en febrero de 1950, pero que los liberales querían anticipar para diciembre del 49. Alrededor de esas dos posiciones se incrementó la lucha. Hubo manifestaciones públicas, la principal de las cuales fue una presidida por un hermano del doctor Darío Echandía. Aunque estaban prohibidos esos despliegues, la movilización se hizo traspasando ciertos límites que obligaron al Ejército a disparar al aire. Un soldado disparó bajito con tan mala fortuna que hirió al hermano de Echandía. Al día siguiente el doctor Echandía, proclamado candidato presidencial, renunció a su candidatura y el partido liberal declaró la abstención. De todos modos, se hicieron las elecciones en la fecha fijada por los liberales contra la voluntad del partido conservador: no les sirvió para nada porque entonces ya vino la fuerza del conservatismo con todo el peso del gobierno. Laureano Gómez fue elegido en diciembre de 1949.

M.M.: *—Con qué planes subió Laureano.*

J.M.V.: —Había pensado mucho y traía ideas, quería hacer un buen gobierno para consolidar el partido y su propio nombre. Para hacer un gobierno provechoso, lo primero que tenía que hacer era aquietar al partido liberal, porque con todo lo currido —la muerte del hermano de Echandía—, los liberales estaban furiosos. *El Tiempo* desconoció la posesión del Presidente e hizo de cuenta como si no hubiera pasado nada. Laureano hizo esfuerzos para aquietarlos, para que lo perdonaran y lo dejaran gobernar. Pero Calibán y todos seguían firmes en la oposición, desconociéndolo por completo como Presidente e impidiendo que hiciera todo lo que tenía en mente. Por ejemplo, ¿cómo debía llamarse el ferrocarril de Puerto Salgar a Santa Marta? ¡Laureano Gómez! Porque de tiempo atrás, desde el gobierno del general Pedro Nel Ospina del cual fue ministro de Obras Públicas, Laureano observó que los ferrocarriles estaban dis-

persos y se componían de tramos inco-nexos: Bucaramanga a Puerto Wilches, Bogotá a Puerto Salgar, Medellín a Puerto Berrío. De ahí que Laureano tuviera en mente hacer un ferrocarril por la margen del río Magdalena, un proyecto pensado y meditado. Al día siguiente de nuestra posesión como ministros, yo fui ministro de Fomento, Laureano le dijo a Leyva, ministro de Obras Públicas: "Doctor, váyase a Salgar a poner la primera piedra del ferrocarril del Magdalena". Laureano traía ideas así, como la aceleración del plan vial nacional. El gobierno de Ospina contrató una misión francesa de ingenieros expertos para que hicieran un plan de vías terrestres, quienes recomendaron la construcción de dos troncales, una al occidente y la otra al oriente, las dos en dirección al mar. Laureano impulsó el desarrollo de las carreteras sobre esos planos, para lo que mandó a Leiva a Washington a negociar un préstamo con el Banco Internacional. El gerente del banco dijo que prestaban la plata siempre y cuando Colombia renunciara al disparate de la siderúrgica de Paz del Río, empresa que no les gustaba porque reemplazaría la importación de aceros norteamericanos. Cuando Leiva informó a Laureano el resultado de su viaje, inmediatamente contestó: "Que no haya carreteras, que no nos presten plata, pero el plan se desarrollará y la siderúrgica de Paz del Río será construida". Él tenía esa energía y muchas ideas, pero dos cosas lo obstaculizaron. Primero, la fuerte oposición del partido liberal y, después, los quebrantos de salud. Poco después de asumir la Presidencia estaban terminadas las obras de irrigación de Saldaña y Coello, que redimieron todo ese plan casi estéril del Tolima transformándolo en tierras apetecidas: lo que antes valía diez pesos amaneció en cien.

R.L.: *—¿Cuánto tiempo estuvo como ministro de Fomento?*

J.M.V.: —Como un año, porque venían las elecciones para el Congreso y se consideró que debía salir del ministerio para organizar el debate en Boyacá y poner mi

nombre como cabeza de lista para el Senado.

M.M.: *—¿Cómo eran las campañas electorales?*

J.M.V.: —Más bien se hacía poco, pues el partido conservador estaba muy bien organizado. Había un directorio nacional y unos directorios departamentales que le correspondían. En la política y la dirección no había anarquía. Además, los directorios departamentales tenían gente muy homogénea en los directorios municipales. Las cosas funcionaban, el ala civil estaba bien amarradita al púlpito, es decir, a los curitas que defendían al partido, empezando por el obispo. En esos tiempos de la hegemonía conservadora el candidato del partido, en definitiva, era el aprobado por el arzobispo de Bogotá. La Convención Nacional proponía unos nombres pero el verdadero candidato lo elegía el arzobispo, quien mandaba las instrucciones a los obispos, éstos a los curas párrocos y ellos a la gente que obedecía: de los votos conservadores en aquel tiempo, el 80 o 90% eran campesinos que seguían al cura. La voz del cura ordenaba votar por fulano y no había que bregar más.

R.L.: *—¿No tenían que hacer proselitismo en los pueblos y las veredas?*

J.M.V.: —No, eso no se usaba. Por ahí se hacía una charla el día domingo, aprovechando que la gente iba a hacer mercado y a la misa mayor. Pero esa solicitud de voto por voto no se hacía y manifestaciones tan sólo una pocas.

R.L.: *—¿Cuál fue su papel en el debate electoral de Boyacá?*

J.M.V.: —Si además de la voz del obispo y del cura la gente conocía al candidato, pues votaban con mayor decisión. Mi nombre era sumamente prestigioso en ese momento, por mi actuación en el 9 de abril. En todo el país los conservadores me querían una barbaridad y mi papel era hacerme presente para entusiasmarlos. Salí elegido para el Senado y ahí

me mantuve hasta el año 60, cuando me retiré de la política.

M.M.: *—¿Estuvo en la Asamblea Constituyente?*

J.M.V.: —Fui nombrado, pero estaba en Londres cuando Laureano la convocó. La organizó Luis Ignacio Andrade. A mí me nombraron por Boyacá, era un delegado por departamento y como suplente mío nombraron a José María Nieto Rojas, luego vuelto anapista. Pero no concurrí a la Asamblea, estaba de embajador.

R.L.: *—¿En qué periodo fue embajador en Londres?*

J.M.V.: —En 1952 me nombraron y estuve allá hasta el 57. Volví al país en vísperas de la famosa Convención pero no alcancé a entrar. Estando en Londres ocurrieron en Bogotá cosas graves, una de ellas la quema de las residencias de Lleras Restrepo y del doctor López Pumarejo. Un motín conservador atacó, dicen que encabezados por Jorge Leiva y Álvaro Gómez, porque se les acusaba de ser sostenedores de las guerrillas, especialmente las del Llano. Lo cual era cierto, ellos se encargaban de reunir dinero y enviarlo. Hubo ese motín popular y les quemaron las casas. Recibí una carta del doctor López diciendo: "Mi querido José María, le cuento que sus copartidarios me dejaron con lo que tengo puesto. En consecuencia le ruego ir donde nuestro amigo Peckover (su sastre en Londres con quien me había recomendado para que me hiciera la ropa de embajador) y encargarle dos vestidos grises: no muy claros porque no conviene que uno se vea más joven de lo que es, y no muy oscuros para no parecer más viejo de lo que soy". Tenía mucho sentido del humor. Otro día me llamó por teléfono desde Madrid: "Estoy pensando ir hasta allá a pasar un tiempo. Estuve vacilando entre ir a México donde Alfonsito, que tiene un apartamento magnífico, pero estando usted ahí es mejor ambiente Londres". Al poco tiempo llegó y comenzaron los amores entre él y Olga Dávila, viuda de Kopp que había llegado días antes a la coronación de la reina Isabel. Pasábamos

muy buenos ratos, los cuatro salíamos a comer, especialmente los sábados, e íbamos a bailar al hotel Ritz. Hasta que llegó el momento del matrimonio.

R.L.: *—¿Del doctor López?*

J.M.V.: —Si, un día llegó a la embajada diciendo: "Vengo a comunicarles que Olga y yo vamos a casarnos y a pedirles el favor de que sean nuestros padrinos". Susana y yo fuimos una de las parejas de padrinos, la otra Fernando Mazuera y Elenita Aya. Por supuesto, le agradecemos tanto honor. Fuimos por Olga, destapamos champaña e hicimos una fiesta muy sabrosa. Se concertó la fecha del matrimonio, pero estando en vísperas el cura de la parroquia descubrió que había un inconveniente grave: en la documentación no aparecía la certificación de la condición de viudo del doctor López, es decir, la partida de defunción de la señora María Michelsen. Me entrevisté con el párroco y le dije: "No se preocupe padre, yo como embajador tengo entre otras las funciones de notario, de llevar el registro civil, de manera que un certificado mío sirve". Un engaño piadoso que no le iba a hacer mal a nadie. Me senté a redactar la certificación pero como yo, desgraciadamente, no sabía escribir a máquina le dije al doctor López si lo escribía. Comentó que hace mucho tiempo no lo hacía, pero se sentó y redactó el certificado. Se lo llevamos al curita y quedó satisfecho. Al siguiente día se hizo el matrimonio y se fueron adelante a la luna de miel. Era un jueves; Susana y yo viajábamos el domingo siguiente para reunirnos con ellos en Escocia. No les habían entregado un automóvil que los hijos de López, Alfonso y Pedrito le regalaron a Olga, un jaguar. Años más tarde, cuando Alfonsito comenzó su período presidencial, me nombró embajador en Japón. Estuve en Tokio toda su administración, luego regresé al país y después de cuatro años volví al Congreso. En el período siguiente eligieron a Belisario Betancur, quien me ofreció otra vez la embajada en Tokio, que acepté, porque era realmente un lugar extraordinario.

Allá estuvimos con Susana hasta el final de su gobierno.

R.L.: *—Tengo entendido que usted se reunió con Juan de la Cruz Varela en 1957 para iniciar conversaciones tendientes a concertar un pacto de paz con la guerrilla del Sumapaz.*

J.M.V.: —Regresé al país en el 57, cuando cayó Rojas Pinilla y asumió el gobierno la Junta Militar que me nombró ministro de Gobierno. En ese momento el 80% de los guerrilleros había entregado las armas por intermedio del general Duarte Blum, pero Aljure, en el Llano, no quiso entregarse porque había desertado del Ejército ganándose la tirria de los militares. Aljure quedó en rebelión y Juan de la Cruz también, allá en el páramo de Sumapaz. Cuando empezó el gobierno se habló de la conveniencia de hacer un nuevo esfuerzo para atraer esos dos núcleos. Un día, el gobernador de Cundinamarca, Carlos Holguín, mi amigo, me dijo: "Estoy aquí con un delegado del cura de Pasca que viene a proponer una entrevista del ministro de Gobierno con Juan de la Cruz en el páramo del Sumapaz". Respondí que no me iba a exponer a ser cogido preso. "No va a ocurrir eso porque el cura está de por medio", respondió Holguín. A los quince días insistió otra vez y acepté pero si Holguín me acompañaba. Llegamos a la casa cural de Pasca, nos tenían caballos y guías. Nos montamos y comenzamos a subir y subir hasta que desapareció la vegetación de pradera verde y empezó el frailejón y la neblina. De repente, en el camino un retén. Nos dejaron pasar al saber quiénes éramos, pero comenzamos a ponernos nerviosos por los hombres que salían de dentro de la neblina con fusil. Al fin, llegamos al punto donde estaba Juan de la Cruz con sus hombres, recostados sobre el pasto arreglando sus armas como a propósito. Pero Juan de la Cruz, muy correcto, se paró inmediatamente y le cogió la rienda al caballo para que desmontara. Me dijo que no me quitara todavía los zamarros porque hacía mucho frío, un gesto muy humano. En seguida nos hicieron pasar a una casita, tal vez una

escuela, entrando en materia. "Vengo, Juan de la Cruz, de parte de la Junta Militar de Gobierno y por iniciativa del señor cura de Pasca, para que conversemos a ver si se puede llegar a una aproximación". Me respondió: "Agradezco mucho, pero antes de entrar en esa parte le propongo que almorcemos con un caldito de gallina que les hemos preparado". Estando en ésas me preguntó: "¿Qué música le gusta, quiere oír?". Le respondí que me gustaba la música sinfónica. "Yo tengo Bach, Beethoven y Mozart", dijo. Tal vez, me puso algo de Bach. Almorzando nos sinceramos como paisanos porque él era oriundo de Ráquira y se sentía aliviado cuando yo lo traté como a un coteráneo boyacense. Sacó un memorando sumamente exigente que no se podía ni discutir. Había que incorporar su gente al Ejército, darles tierra a los que quisieran volver al campo y además dinero para la vaca y el caballo. Peticiones excesivas, una cosa imposible. Le dije: "Juan de la Cruz, ojalá se pudiera hacer todo eso pero para que le voy decir mentiras. Me parece que ni la Junta ni ninguna instancia del gobierno tiene facultades para acceder a todo esto. Creo que usted debe moderar sus pedimentos, yo me espero y hacemos un nuevo apunte". Me dijo: "No, esto lo tengo conversado con los demás jefes del movimiento y no estoy facultado para modificar nada, de manera que ésa es nuestra posición". Argumenté entonces que lo veía muy difícil, casi imposible, pero que sin embargo lo llevaría a consideración de la Junta Militar. Las cosas quedaron de ese tamaño; acordamos que, según lo que opinaran, volveríamos a conversar. Naturalmente, la Junta dijo que no había nada que hacer y eso fue todo. Pero conocí en algo a Juan de la Cruz, un hombre humilde y como buena persona, de origen campesino y muy inteligente, con entrañas sumamente duras porque mandó matar a

dos de sus hijos cuando trataron de independizarse del movimiento. Posteriormente fue elegido a la Cámara.

R.L.: *—Como suplente de López Michelsen...*

J.M.V.: *—No me acuerdo, pero en todo caso estuvo en la Cámara.*

R.L.: *—Tenía entendido que si hubo un acuerdo entre Varela y la Junta Militar y que justamente por eso pudo ingresar al MRL y ser elegido como suplente de López Michelsen en la Cámara.*

J.M.V.: *—El acuerdo no fue con el gobierno sino con una parte del partido liberal. Es decir, la vía gubernamental salió del medio y Varela se entendió directamente con Alfonsito para figurar en su movimiento.*

M.M.: *—¿Carlos Holguín, el que lo acompañó a Pasca, todavía vive?*

J.M.V.: *—Sí, Holguín vive, pero está muy viejo.*

M.M.: *—Yo también creía que se había firmado algún acuerdo de paz con la Junta Militar.*

J.M.V.: *—Tal vez, pudo haber algo de eso inmediatamente después de que yo salí del ministerio de Gobierno.*

R.L.: *—¿Usted fue ministro de Gobierno durante toda el período de la Junta?*

J.M.V.: *—Menos los últimos meses, porque hubo un reajuste y fue nombrado un ministro militar. Me parece que el nuevo ministro fue el coronel Pío Quinto Rengifo, que ya murió.*

R.L.: *—Doctor Villarreal, ¿ha pensado escribir sus memorias?*

J.M.V.: *—Sí, tengo algunos apuntes. Por ahí en un aniversario del 9 de abril publicaron un resumen en El Tiempo.*



Débora Arango
LA DANZA
Acuarela. 1948